



COLOQUIO AL DIOS SORPRENDENTE

Óscar Cala, S.J.

Dame, Señor, valentía para exponerme,
flexibilidad para tambalearme
y fortaleza para no caer.
Dame, Señor, un corazón que se estire,
una piel sensible
y unos ojos despiertos para no ser sordo a tu
paso silencioso.

Dame, Señor, sorpresas, muchas sorpresas,
para que nunca me apoltrone en el cómodo
sillón de mis inocuas seguridades.

Y si algún día pienso que lo sé todo
o creo hacer pie por los mares de mi alma,
pon me de nuevo ante el abismo del no saber
para que así recuerde, un día más,
que eres el Dios de las sorpresas insondables.

✝ **La oración en la vida cotidiana**
Fr. Reinier Ma. del Niño Jesús de Praga, OCD

✝ **El amor en acción (Jn 13, 31-35)**
Por Antonio Masferrer, S.J.

✝ **Monseñor Cobos y la Capilla de María Auxiliadora**
Por Olga Sánchez Guevara

SANTORAL

D 18: San Juan I / **L** 19: San Francisco Coll /
M 20: San Bernardino de Siena / **Mi** 21: San
Cristóbal Magallanes y Compañeros /
J 22: Santa Rita de Casia / **V** 23: San Eutiquio
/ **S** 24: Santa María, Auxilio de los cristianos

La oración en la vida cotidiana

Fr. Reinier Ma. del Niño Jesús de Praga, OCD



Una de las enseñanzas más revolucionarias de Santa Teresa de Jesús es que la oración no está confinada a momentos o lugares específicos. “El verdadero amante en toda parte ama”, nos dice, recordándonos que podemos mantener ese diálogo amoroso con Dios en medio de nuestras actividades diarias. Esta verdad transforma radicalmente nuestra comprensión de la vida espiritual: ya no hay división entre momentos “sagrados” y “profanos”, porque todo puede ser lugar de encuentro con Dios.

La santa nos sorprende con una imagen entrañable cuando afirma que “entre los pucheros anda el Señor”. Esta frase, nacida de su propia experiencia, nos revela que Dios no desprecia nuestras ocupaciones cotidianas, sino que está presente en ellas, “ayudándonos en lo interior y exterior”. La cocina, la oficina, el taller, la escuela, el transporte público..., todos estos espacios pueden convertirse en oratorios improvisados donde encontrarnos con el Señor.

Esta presencia continua de Dios en nuestra vida no requiere esfuerzos extraordinarios ni interrumpe nuestras actividades normales. Es más bien una conciencia amorosa, como la de quien camina junto a un amigo querido. No necesitamos palabras especiales ni gestos visibles; basta una mirada

interior, un pensamiento afectuoso, una ofrenda silenciosa de nuestro trabajo. Como dice Teresa, “representad al mismo Señor junto con vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando”.

La práctica de la oración sistemática transforma nuestra perspectiva de la realidad. Las tareas cotidianas, lejos de ser obstáculos para nuestra vida espiritual, se convierten en oportunidades para profundizar nuestra relación con Dios. Los encuentros con otras personas, cada desafío laboral, cada momento de descanso puede ser vivido como un diálogo de amor con el Señor. Es como si toda nuestra vida se desarrollara en una atmósfera de oración.

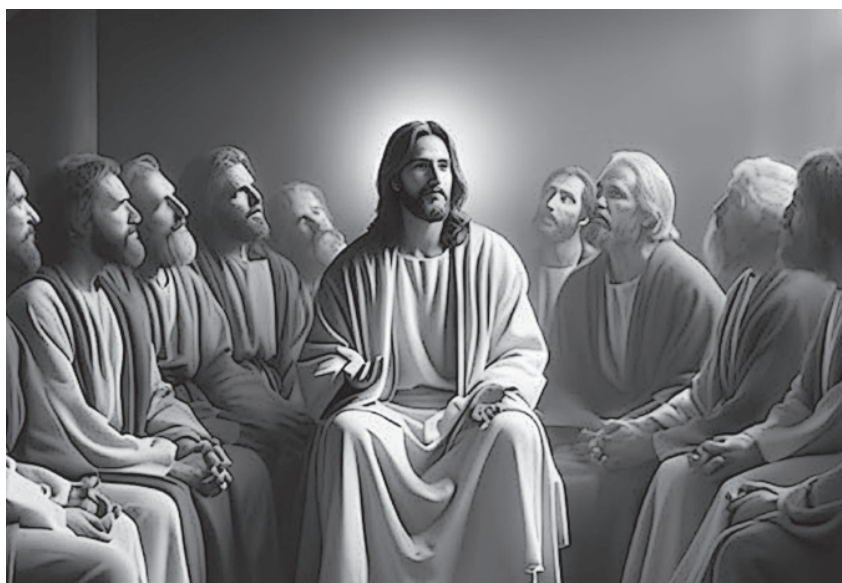
Esta forma de vivir requiere un corazón atento y una voluntad dispuesta a reconocer la presencia de Dios en todo momento. No se trata de multiplicar prácticas devotas, sino de vivir con la conciencia de que Dios está siempre presente, interesado en cada detalle de nuestra vida. Como asegura la santa, “si os acostumbráis a traerle cabe vos y Él ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis echar de vos”.

La oración en la vida cotidiana nos ayuda también a mantener el equilibrio espiritual. No dependemos sólo de los momentos de oración formal, sino que encontramos alimento espiritual en cada situación. Esta continuidad en la oración nos proporciona una fuente constante de paz y fortaleza, especialmente necesaria en momentos de dificultad o tensión.

Santa Teresa nos anima a vivir así, en continua comunicación con Dios: “¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?”. Esta presencia amiga de Dios transforma nuestras rutinas en ocasiones de gracia, nuestros trabajos en ofrenda de amor, y nuestros encuentros cotidianos en momentos de comunión con lo divino.

El amor en acción (Jn 13, 31-35)

Por Antonio Masferrer, S.J.



El Evangelio de hoy nos sumerge en un momento de profunda intimidad entre Jesús y sus discípulos, donde, con la sombra de la cruz aproximándose, les entrega su último mandamiento: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado”. Un mandamiento que, aunque resonaba en los corazones de los judíos, familiarizados con la ley del amor al prójimo, adquiere una nueva dimensión en labios de Jesús. Él no solo lo proclama, sino que lo vive y lo convierte en el modelo a seguir por sus discípulos, en el testamento de su paso por la tierra. Al meditar en estas palabras, nos invita a reflexionar: ¿cómo amo Jesús? Sanó a los enfermos, acogió a los marginados, perdonó a los pecadores, compartió con los publicanos, desafió las normas sociales para acercarse a los excluidos, y en un acto supremo de amor, entregó su vida en la cruz.

Ser discípulo, entonces, trasciende las simples acciones y se convierte en un estilo de vida que busca encarnar el amor de Cristo en cada detalle. Es un llamado a reflejar su misericordia, compasión y perdón en cada paso que damos, en cada encuentro, en cada palabra. Las palabras de Santa Teresa de Calcuta resuenan con fuerza en este contexto: “No podemos hacer grandes cosas, solo pequeñas cosas con gran amor”.

Pero este camino del discipulado, aunque iluminado por el amor, no está exento de dificultades. Dudas, miedos e inseguridades pueden surgir en nuestro interior, la tentación de la indiferencia, del egoísmo, de la comodidad, pueden desviarnos del camino. Es entonces cuando el libro del Apocalipsis nos reconforta con la certeza de que no estamos solos. Dios camina a nuestro lado, como un Padre amoroso que sostiene a sus hijos, transformando nuestro sufrimiento en esperanza y haciendo nuevas todas las cosas.

En este tiempo de renovación y esperanza, renovemos nuestro compromiso de amar como Jesús nos amó. Construyamos una comunidad donde el amor sea la brújula que guíe nuestros pasos, impulsándonos a tender la mano a quienes nos rodean, a compartir el pan con el hambriento, a vestir al desnudo, a visitar al enfermo y al preso, especialmente a aquellos que más lo necesitan. Con la confianza puesta en Dios, hagamos del amor la ley suprema que rijan nuestras vidas, recordando que en cada acto de amor, por pequeño que sea, permanece vivo el legado de Jesús. Y así, como semillas de mostaza que crecen hasta convertirse en grandes árboles, nuestro amor dará fruto y transformará el mundo.



Orando en la semana

D 18: Hch 14,21b-27/ Sal 144/ Ap 21,1-5^a/
Jn 13,31-33a.34-35

L 19: Hch 14,5-18/ Sal 113/ Jn 14,21-26

M 20: Hch 4,8-12/ Sal 39/ Lc 9,57-62

Mi 21: Hch 15,1-6/ Sal 121/ Jn 15,1-8

J 22: Hch 15,7-21/ Sal 95/ Jn 15,9-11

V 23: Hch 15,22-31/ Sal 56/ Jn 15,12-17

S 24: Ap 12,1.3a.7-12^a.17/ Ap 15/ Jn 2,1-11

24 de mayo: Día de María Auxiliadora

Monseñor Cobos y la Capilla de María Auxiliadora

Por Olga Sánchez Guevara



Nuestra comunidad de la Capilla de María Auxiliadora se siente muy honrada de que una parte de la historia de este templo, en el que nos reunimos cada semana para celebrar la eucaristía, aparezca en la hoja dominical *Vida Cristiana*. Delante de la capilla hay una tarja colocada el 29 de septiembre de 1995, que reza: “En este lugar tuvo origen el poblado de San Miguel del Padrón, fundado alrededor de 1660 en torno al oratorio del ingenio San Miguel, el cual dio nombre al actual municipio”.

La capilla que hoy lleva el nombre bendito de María Auxiliadora era, en sus inicios, una iglesia de madera con puntal alto y techo de tejas, y durante la segunda mitad del siglo pasado fue atendida por monseñor Orlando Cobos, párroco de San Miguel. Según cuenta la hermana Mirta Lima, el deplorable estado en que se encontraba aquella edificación hizo que, en la década de 1970, monseñor Cobos solicitara un permiso para reconstruirla, que le fue denegado. El padre Cobos,

como familiarmente se le conocía, era un hombre “de armas tomar”, y decidió resolver la situación a su manera. A sus órdenes se comenzó a construir una iglesia más pequeña dentro de la ya existente. La edificación antigua fue derribada sólo cuando estuvo listo el encofrado para el techo de la nueva construcción, cuya placa se fundió en un día. Una religiosa Hija de María Auxiliadora donó la imagen de la Virgen y sugirió que la capilla fuera puesta bajo su nombre y protección. El mármol del altar fue traído desde Isla de Pinos, y la misa de inauguración fue celebrada por su eminencia el cardenal Jaime Ortega.

El padre Cobos continuó sus labores hasta que la avanzada edad deterioró su salud y tuvo que retirarse, primero de las capillas que atendía, y luego de la parroquia. La hermana Inés María Bergnes, coordinadora de nuestra comunidad, relata que en 2004 se hicieron cargo de la capilla los padres salesianos. En esa época se emprendieron algunas obras de restauración en el templo, se renovaron las puertas y ventanas y se añadieron bancos nuevos. Se realizó un intenso trabajo con niños y jóvenes, y se celebraron primeras comuniones, confirmaciones y bodas. Los salesianos permanecieron hasta 2020, y posteriormente la Compañía de Jesús asumió el cuidado pastoral de la capilla.

En estos momentos, el núcleo más estable de la comunidad está formado por un grupo de personas mayores que compartimos la fe y la alegría de saber que el Señor va junto a nosotros en el caminar diario, y recordamos con especial agradecimiento a monseñor Cobos.